

la vida, y un vestido que fuese suficiente para cubrir la desnudez. De aqui se infiere, que tanto los hombres como las mujeres están obligados á observar rigurosamente las máximas cristianas de templanza, pudor y moderacion en esta materia. Pero como en todos tiempos han sido las mujeres mas débiles para dejarse llevar de la loca vanidad, á estas han encargado los profetas, los apóstoles y los padres con mayor cuidado la moderacion en los adornos, y asimismo contra ellas han fulminado las mas terribles amenazas. San Pablo, escribiendo á Timoteo (1), da una regla del adorno que deben tener las mujeres cristianas. Allí dice el santo Apóstol cuál es su modo de pensar y su voluntad en esta materia. Sus palabras son estas: *Quiero que las mujeres oren con un vestido decente, adornándose con vergüenza y modestia; no con los cabellos rizados, ni con oro, ó perlas, ó vestidos preciosos; sino con las buenas obras, como conviene á mujeres que hacen profesion de piedad.* Estas palabras deben ser la pauta y norma que han de tener presente las mujeres cristianas cuando tratan de sus adornos. En ellas deben mirarse como en un verdadero espejo, que les descubrirá los defectos de sus conciencias; y últimamente, de ellas se deben servir como de una instruccion para saber qué adorno deben destinar á sus hijas, para no faltar á las terribles obligaciones que les ha impuesto la divina Providencia. ¡Dios y Señor mio! cuando considero el rigor de la doctrina evangélica, y le cotejo con mis obras, me conozco con un sinnúmero de delitos. Yo comparezco en vuestra presencia oprimida mi alma de todos los escándalos que han causado mis locas profanidades. Yo hice desaparecer en mi obra de vuestra mano que era santa, y en su lugar coloqué los artificios de mi vanidad, haciéndome la piedra de escándalo para todos mis prójimos. Yo he

(1) Epist. 1. cap. 2.

empleado lo mas precioso de mi vida y de mis pensamientos en buscar lazos y artificios con que apartar de vos á las almas, que habeis rescatado con vuestra preciosa sangre. A vuestros piés confieso mis abominaciones, y al mismo tiempo las detesto. De hoy mas mi cuerpo no tendrá otros adornos que los de la honestidad y la modestia; y con vuestra divina gracia mi alma percibirá los frutos de la templanza.

DIA DIEZ Y OCHO.

SAN APOLONIO, SENADOR DE ROMA, Y MÁRTIR.

La mudanza que sucedió en el imperio el año de 180 con la muerte del emperador Marco Aurelio, causó otra igualmente grande en el estado de la cristiandad. Habian padecido los cristianos en tiempo de este principe una persecucion casi continua, aun despues del decreto que expidió en su favor el año 174 despues de la batalla que ganó á los Alemanes, confesando haberla debido á las oraciones de los cristianos, y mandando bajo pena de la vida, que ninguno los acusase por causa de religion. Con todo eso fueron cruelmente perseguidos en tiempo de su reinado, sea por la malignidad de los filósofos gentiles que se consumian de rabia viéndose confundidos por la pureza de costumbres de los cristianos y por sus sábias apoloías; sea por la ciega adhesion que el mismo principe profesaba á las supersticiones del gentilismo; sea en fin porque movido de una desacertada política, quiso dejar en su vigor todas las leyes que sus predecesores habian publicado contra los cristianos.

El emperador Cómodo su hijo, que le sucedió en el imperio, no imitó ni las virtudes morales que se

quiere suponer adornaban á su padre, ni aquella aversion al cristianismo que le inspiraba su genio filosófico y supersticioso; y así dejó vivir en paz á los cristianos, contribuyendo esta calma, despues de tantas tempestades, á que se propagase mas el reino de Jesucristo. En todas partes fructificaba la semilla del Evangelio; en todas triunfaba la verdad de los errores y de la impiedad del paganismo; y particularmente en la ciudad de Roma, por la solitud y zelo del santo papa Eleuterio, cada dia se veian muchas nobles, ricas y distinguidas familias dar el nombre á la sagrada milicia, y presentarse para recibir el santo bautismo buscando en él la salvacion.

Entre las personas de calidad que entraron por aquel tiempo en el seno de la santa Iglesia, una de las mas considerables y de las mas distinguidas por su nacimiento, por sus talentos, y por el elevado puesto que ocupaba en la república, fué san Apolonio. Era senador romano, de casa ilustre, pero mas recomendable aun por su mérito personal. Generalmente era tenido por uno de los ministros mas sabios y mas elocuentes del senado; y el amor que profesaba á las letras humanas y á la filosofia, le habian granjeado el universal concepto de uno de los mas bellos y mas cultivados ingenios de su tiempo. Las frecuentes conversaciones que tuvo con san Eleuterio, y probablemente tambien con san Luciano, en aquel intervalo de tranquilidad, y el estudio particular, que hizo de nuestra religion en los libros sagrados, le desengañaron de sus errores: lloró amargamente el largo tiempo que habia vivido sepultado en las tinieblas de la idolatria; tuvo horror de su ceguera; y rindiéndose finalmente á los fuertes impulsos de la gracia, abrió los ojos á las luces de la fe, sujetóse á la ley de Jesucristo y recibió el santo bautismo.

No es fácil explicar el gozo de todos los fieles

cuando vieron en el número de los discípulos de Cristo á un senador de Roma, y senador de tan gran mérito; pero mucho menos se pueden explicar las ventajas que se siguieron á toda la Iglesia de esta ilustre conversion. En poco tiempo nuestro senador recién cristiano fué prodigio de virtud, modelo de perfeccion, y uno de los primeros apologistas del cristianismo.

No pudiendo sufrir el demonio, dice Eusebio, la paz que gozaba la Iglesia, ni el gran número de personas ilustres que el ejemplo y el zelo de Apolonio sacaban cada dia de la ceguedad y del error, empleó para vengarse toda su fuerza y todo su artificio. Incitó á un miserable esclavo, llamado Severo, segun dice san Jerónimo, para que sin atender al decreto que se habia publicado contra los denunciadores de los cristianos, acusase al senador Apolonio de que se habia hecho uno de ellos, renunciando á la religion de sus padres.

El prefecto del pretorio, llamado Perenio, ante todas cosas condenó á muerte al miserable acusador, que en aquel mismo dia espiró en el tormento de la aspa: despues exhortó fuertemente á san Apolonio á que dejase la religion cristiana, y no quisiese perder con la fortuna la vida; pero viéndole inmóvil en la fe, le ordenó que diese cuenta de su religion delante del senado, de cuyo cuerpo era uno de los principales miembros.

Como Apolonio, despues de su conversion, habia hecho su principal estudio en los libros de la religion, eran tan grandes sus progresos en esta ciencia divina, y se habia hecho en ella tan sabio, que no tuvo dificultad san Jerónimo en colocarle el segundo entre los padres de la Iglesia latina.

No se puede decir la alegría que tuvo nuestro santo cuando se vió en la obligacion de dar una justa idea

de lo que era nuestra religion, al tiempo de dar razon de su fe en presencia de un cuerpo tan escogido y tan célebre. Compuso una hermosa y sabia apologia, en que descubriendo á la mas clara luz la verdad y la santidad de la religion cristiana, destruia todas las calumnias que hasta allí se habian inventado para desacreditar á los cristianos, y hacia palpables la ridiculez, las infamias y las absurdas impiedades del paganismo.

Pronunció Apolonio esta defensa en senado pleno con tanta elocuencia y eficacia, que los ánimos mas enconados, y mas declaradamente enemigos del nombre cristiano, quedaron como cortados y mudos. Fué sin duda un gran dia para la gloria de la religion; y ya iban todos á rendirse á la fuerza de la verdad que aquel héroe cristiano acababa de hacer triunfar en medio del senado de Roma, cuando el prefecto del pretorio, advirtiendo la impresion que habia hecho en los ánimos el discurso de nuestro santo, y temiendo que los aplausos y las aclamaciones con que le celebraban no tuviesen consecuencias contrarias á las leyes del imperio, le representó que segun ellas no podia ser absuelto ningun cristiano, cuando fuese judicialmente acusado, si persistia en la fe de Jesucristo; y que así le exhortaba á que mirase por su honra y por su vida, renunciando á la fe, para cuya deliberacion solamente le concedia algunas horas de tiempo.

No ignoraba Apolonio la ley que el emperador Marco Aurelio habia dejado en su vigor, aun cuando promulgó la otra, que parecia contraria, de que fuesen condenados á muerte todos los denunciadores de los cristianos: y así respondió al prefecto, que se admiraba mucho que tuviese aliento para exhortarle á que mudase de religion, cuando por el discurso que acababa de oír, podia conocer el concepto que formaba

de la religion cristiana; que no le amenazase con el martirio, porque le hacia saber que ese era el objeto de sus ansias mucho tiempo habia, no pudiendo lograr ni mayor honra ni mayor dicha que derramar su sangre por la religion, cuya apologia acababa de pronunciar; y que así á él, como al senado, los exhortaba á que mirasen por su salvacion, y á que, dejando las impiedades y las extravagancias de los gentiles, abrazasen la religion cristiana.

Admiró el prefecto Perenio su constancia y su tranquilidad, pero hizo poco caso de sus saludables consejos; y persistiendo Apolonio en la confesion de la fe, fué condenado por sentencia del senado á que le cortasen la cabeza; siendo este ilustre defensor de la fe el primero que ilustró la dignidad de senador de Roma con la corona del martirio el dia 18 de abril del año 189.

Desde entonces fué singular la veneracion que se tuvo en toda la Iglesia de Dios á san Apolonio. Sus preciosas reliquias se conservan en muchas partes del orbe cristiano. Los padres carmelitas de Eborá en Portugal conservan la cabeza; los jesuitas de Amberes veneran un gran hueso; y lo restante de sus reliquias se adora en la iglesia de San Francisco de Bolonia en Italia, adonde fueron conducidas desde Roma el año de 1622, en el pontificado de Gregorio XV.

SAN ELEUTERIO, OBISPO Y MÁRTIR.

San Eleuterio, uno de los ilustres mártires de Jesucristo que florecieron en los primeros siglos de la Iglesia, á quien celebran los escritores por uno de los prodigios del valor cristiano en tiempo de las persecuciones gentilicas, nació en la ciudad de Roma á fines del primer siglo.

Su madre Antia, una de las matronas ilustres del senado, ilustrada con la luz del Evangelio, educó á Eleuterio desde sus mas tiernos años en las infalibles verdades de la fe ortodoxa, y procuró imprimir en su alma como en blanda cera los altos dictámenes de la religion cristiana, cuyas piadosas máximas siguió siempre el niño, arreglando sus costumbres conforme al espíritu de la ley santa de Dios. Ofrecióle en su puericia al sumo pontífice Anacleto con el fin de que le incorporase en el clero de la iglesia de Roma; y para que con mas libertad que la que gozaban por entonces los fieles en aquella ciudad, pudiese instruirse en la literatura, le envió á Ecana, donde á la sazón florecia el obispo Dinamio, varon esclarecido en santidad y sabiduría, bajo cuyo magisterio hizo el santo jóven admirables progresos en las ciencias y nada inferiores en las virtudes.

El ardiente zelo que mostraba Eleuterio por la religion de Jesucristo, y la grandeza de espíritu con que rebatía los errores adoptados en la idolatría, sin temor del poder de los gentiles, movieron á Dinamio á ordenarle de sacerdote por el órden prescrito en los sagrados cánones, bien persuadido de la utilidad que resultaria á la Iglesia de la creacion de un ministro que manifestaba tanto interés en dilatar el reino de Jesucristo, cuya verdadera doctrina comprobaba con repetidos prodigios.

En atencion á los relevantes méritos de Eleuterio y á los notorios servicios que habia prestado á la Iglesia, fué promovido á la dignidad episcopal, aunque no nos consta con certeza la iglesia de su destino. La diversidad de opiniones sobre la silla que ocupó este eminente prelado, nos obliga á seguir en esta parte las prudentes conjeturas de los mas escrupulosos criticos, que atenidos á ellas, dicen que habiéndole enviado á Roma Dinamio con el fin de que se dignase

el papa elegirle por coadjutor suyo, atendido que á la sazón los Iliricos pedian obispo para la ciudad de Aquileya, se le consagró para aquella cátedra.

Cuando se trasladaba Eleuterio á su silla, acompañado de algunos Romanos é Iliricos, fué preso por los gentiles en el camino, y presentado al emperador Adriano que á la sazón habia pasado desde el oriente á Roma. Noticioso este de los progresos que el santo hacia en la religion, convirtiéndose muchos gentiles en fuerza de sus prodigios, luego que le tuvo á su presencia, comenzó á reconvenirle cómo, siendo descendiente de la ilustre prosapia de los senadores romanos, se habia dejado engañar de una secta que tenia por Dios á un hombre crucificado; y abominando su proceder, le ofreció ventajosos partidos en el caso de que reconociendo su error tributase adoracion á los dioses del Imperio. Despreció Eleuterio con generosidad las proposiciones del emperador; predicó con valentia las infalibles verdades de la fe de Jesucristo, y con no menor valor reclamó contra las supersticiones de la idolatría, haciendo con sus sabios discursos demostracion de sus necesidades: de lo que irritado Adriano, apeló á los tormentos mas crueles para rendirle.

Aunque los escritores no convienen en la relacion circunstanciada de las actas de su pasion, todos aseguran que probó el tirano su constancia con varios géneros de exquisitos tormentos; como fueron mandarle poner sobre unas parrillas de hierro hechas ascuas, y arrojarle despues á un horno encendido; y como triunfase Eleuterio sostenido de Dios de tan inhumanas crueldades, ordenó que amarrado á las colas de cuatro caballos indómitos, se le descuartizase con este castigo. Salió el santo victorioso de esta bárbara invencion como de las antecedentes; y no pudiendo Adriano sufrir por mas tiempo el inven-

cible valor de aquel héroe cristiano, que le servía de la mayor confusion, acreditando su ningun poder y el de sus falsos dioses, le mandó decapitar por último recurso, logrando por este medio nuestro santo la corona del martirio en principios del siglo II de la era cristiana.

Su madre Antia, que como la de los Macabeos animaba á su hijo á padecer en defensa de la ley, apenas espiró, se arrojó llena de gozo sobre su cuerpo, á prestarle con señales sensibles la veneracion debida; por cuyo heroico acto mandó Adriano que fuese degollada. Recogieron los fieles sus venerables cadáveres, y les dieron sepultura en el campo de Roma; y levantados del primer sepulcro luego que gozó de paz la Iglesia, hallándose presente al acto el obispo Reatino, eligió á san Eleuterio por patron de su iglesia, habiendo conseguido gran porcion de sus reliquias, de las que se trasladó una parte á Constantinopla.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Apolonio, senador, el cual, en tiempo del emperador Cómodo y del prefecto Perenio, fué delatado como cristiano por uno de sus esclavos; y obligado á dar cuenta de su fe, compuso un excelente libro que leyó en pleno senado, lo que no fué bastante para que esta asamblea dejase de condenarle á perder la cabeza.

En Mesina, el tránsito de los santos mártires Eleuterio, obispo en Iliria, y Antia su madre. Este prelado, que se habia hecho célebre por la santidad de vida y milagros, fué en tiempo del emperador Adriano acostado en una cama de hierro ardiendo; luego puesto al fuego en unas parrillas; de allí arrojado en una caldera llena de aceite, de pez y de resina hirviendo, y en seguida expuesto á los leones; pero

como de todo esto saliese sin lesion alguna, fué degollado con su madre.

Alli mismo, san Corebo, prefecto, que habiendo sido convertido por san Eleuterio, pereció por la espada.

En Bresa, san Calocero mártir, el cual atraído al conocimiento de Jesucristo por los santos Faustino y Jovita, perseveró animosamente en confesar su nombre hasta la muerte que sufrió en tiempo del mismo emperador Adriano.

En Córdoba, san Perfecto, presbitero y mártir, muerto por los Moros porque predicaba contra la secta de Mahoma.

En Milan, san Galdino, cardenal y obispo de esta ciudad, que entregó su alma á Dios acabando de predicar un sermón contra los herejes.

En Toscana, en el monte Senario, el bienaventurado Amideo, confesor, uno de los fundadores del orden de servitas, distinguido por su ardiente amor á Dios.

En Pontoise en Francia, el tránsito de la bienaventurada María de la Encarnacion, Carmelita descalza, y fundadora de este orden en el reino, mujer de una paciencia invencible en tiempos muy difíciles, y fiel imitadora de Jesucristo y sus discipulos. Despues de haber vivido muy santamente en el siglo, se retiró á un monasterio, en donde por humildad hizo profesion de hermana lega; y habiendo pasado cuatro años en la práctica de la mas alta perfeccion, rica en méritos y esclarecida en milagros, durmió el sueño del Señor.

La misa es del comun de un mártir, y la oracion la que sigue.

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut qui beati Apollonii martyris tui natalitia co- Supplicámoste, ó Dios omnipotente, que seamos fortalecidos en el amor de tu nombre

limus, intercessione ejus in
tui nominis amore robore-
mur. Per Dominum nostrum
Jesum Christum...

por intercesion de tu bienaven-
turado mártir Apolonio, los que
celebramos su feliz nacimiento
á la vida eterna. Por nuestro
Señor Jesucristo...

*La epístola es de la primera del apóstol san Pedro,
cap. 4.*

Charissimi : Communicantes
Christi passionibus, gaudete ;
ut et in revelatione gloriæ ejus
gaudeatis exultante. Si expro-
bramini in nomine Christi,
beati eritis ; quoniam quod est
honoris, gloriæ, et virtutis
Dei, et qui est ejus Spiritus,
super vos requiescit. Nemo au-
tem vestrum paliatur ut homi-
cida, aut fur, aut maledicus,
aut alienorum appetitor. Si
autem ut christianus, non eru-
bescat ; glorificet autem Deum
in isto nomine, quoniam tem-
pus est ut incipiat judicium à
domo Dei. Si autem primum à
nobis ; quis finis eorum, qui
non credunt Dei evangelio ? Et
si justus vix salvabitur, impius
et peccator ubi parebunt ? Ita-
que et hi, qui patiuntur secun-
dum voluntatem Dei, fideli
Creatori commendent animas
suas in benefactis.

Carísimos : Alegráos de par-
ticipar de los trabajos de Cristo,
para que os alegréis tambien
cuando se manifieste su gloria.
Si sois tratados ignominiosa-
mente por el nombre de Cristo,
seréis dichosos : porque el ho-
nor, la gloria, y la virtud de
Dios y su espíritu reposa en
vosotros. Pero ninguno de vos-
otros tenga que padecer como
homicida, ó ladrón, maldicien-
te, ó acechador de los bienes
ajenos. Pero si como cristiano,
no se avergüence, sino glori-
fique á Dios por tal nombre.
Porque es tiempo de que co-
mience el juicio por la casa de
Dios. Y si primero por nosotros,
¿cuál será el fin de aquellos que
no creen el Evangelio de Dios ?
Y si el justo apenas se salvará,
¿en dónde pararán el impío y
el pecador ? Por tanto, aquello
que padecen por voluntad de
Dios, encomienden sus almas
al Criador fiel por medio de
buenas obras.

NOTA.

« Hallándose san Pedro en Roma, escribió esta su
» primera carta á los fieles que vivían entre los gen-

» tiles, singularmente á los Judios convertidos, para
» confirmarlos en la fe. Lo mas verosímil es, que la
» escribió en lengua griega ; pero el año preciso en
» que se escribió no se sabe. »

REFLEXIONES.

*Alegráos de comunicar y de tener parte en los tra-
bajos de Jesucristo.* No hay que admirarse de que to-
dos los santos hayan sido tan amantes de los trabajos ;
Jesucristo los ha ennoblecido padeciendo por nos-
otros, y quiso, digámoslo así, que todos nuestros tra-
bajos fuesen suyos. Siendo, como somos, miembros
de Jesucristo, se puede decir que Jesucristo padece en
sus miembros. Comprendamos el valor y el mérito de
los trabajos en el cristianismo, pues todo fiel que los
padece con paciencia, con espíritu y con un corazón
verdaderamente cristiano, tiene parte en los trabajos
de Jesucristo. Muy tibia tiene la fe el que mira con
horror las adversidades y las cruces. Ninguna cosa
caracteriza mejor á los cristianos. Muy extranjero es
en el país del cristianismo aquel á quien sorprende
lo mucho que en él se padece. No es la cruz un sím-
bolo puramente especulativo y vacío. Si fué me-
nester que Cristo padeciese para entrar en la gloria,
no es posible que nosotros tengamos parte en esta
gloria sin tenerla tambien en lo que padeció para en-
trar en ella. Para ser glorificados con él, dice san
Pablo, es necesario padecer con él. ¿Qué idea dare-
mos de nuestra religion, ni qué prueba de que deseamos
salvarnos, si pretendemos vivir siempre entre
regalos y delicias, ó si solo padecemos contra toda
nuestra voluntad ?

*Si os afrentaren por Jesucristo, seréis bienaventura-
dos. Si exprobramini in nomine Christi, beati eritis.*
¿Créese bien esta verdad el dia de hoy ? Aquellas per-

sonas tan delicadas en punto de honra, tan sensibles á la mas lijera afrenta, tan difíciles en perdonar una injuria, ¿tienen por la mayor dicha el ser menospreciadas? En nuestra religion siempre debe conformarse la práctica con la doctrina. Segun este principio, ¿habrá en el cristianismo muchos cristianos verdaderos? Y aun aquellos mismos que hacen profesion de devotos, ¿no pueden temer que van errados si abrazan otro sistema? Comience el juicio por la casa de Dios: *Incipiat judicium à domo Dei*. Ninguna cosa injuria tanto á Jesucristo, ninguna desacredita tanto la religion, ninguna afea ni mancha tanto á la piedad, como las sombras de los que están destinados y propuestos para ser antorchas del mundo. El carácter, la dignidad, la profesion deben acercar la copia todo lo posible al divino original. Ser discipulos de Jesucristo, ministros de Jesucristo, y vivir con una enorme oposicion á las máximas de Jesucristo, es irrision, es impiedad, es sacrilegio. Pero si Dios se muestra tan severo cuando juzga á los de su misma casa, ¿cuál será su severidad, cuál su rigor con los que se pueden llamar extraños y forasteros en ella, segun lo poco que conocen á Jesucristo, segun lo poco que gustan de sus máximas? Si el Señor no perdona á sus amados siervos, ¿qué juicio tan terrible tendrá reservado para los impíos? Al justo le purifica en esta vida con las adversidades; pero al pecador le reserva los suplicios eternos. No hay señal mas visible de la ira de Dios, que dejar á los malos no solo sin castigar en esta vida sus pecados, sino que vivan llenos de gloria y de opulencia. El castigo mas terrible del pecador en este mundo es la prosperidad. ¡Oh, cuántos y cuántas comprenden poco esta doctrina! Dichosos del siglo, ¿cuál será vuestro fin y vuestro paradero? Si el justo apenas se salva; si la inocencia alimentada con adversidades, purificada con el fuego de la tribula-

cion, defendida entre espinas y cambrones, apenas puede arribar al puerto, y está en continuo peligro de hacer naufragio, siendo asi que siempre navega tierra á tierra; ¿qué será del pecador? ¿que será de aquellos hombres de placeres, de aquellas personas mundanas que se engolfan siempre en alta mar, que navegan entre escollos combatidos de vientos impetuosos, sin ver casi jamás el cielo, sin velas, sin remos, sin timon? Eres pecador, vives en la prosperidad, lleno de diversiones, de gustos y de alegría, y estás tranquilo: comprende bien, si puedes, los espantosos misterios de esta falsa seguridad.

El evangelio es del cap. 12 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Amen, amen dico vobis, nisi granum frumenti cadens in terram, mortuum fuerit, ipsum solum manet. Si autem mortuum fuerit, multum fructum affert. Qui amat animam suam, perdet eam: et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam. Si quis mihi ministrat, me sequatur: et ubi sum ego, illic et minister meus erit. Si quis mihi ministraverit, honorificabit eum Pater meus.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: De verdad, de verdad os digo, que si el grano de trigo que cae en la tierra, no muere, queda infecundo; pero si muere, fructifica con abundancia. Quien ama su vida, la perderá, y el que aborrece su vida en este mundo, la asegura para la vida eterna. Si alguno me sirve, sígame: y en donde esté yo, allí ha de estar mi siervo. Y aquel que me sirva á mí, será honrado por mi Padre.

MEDITACION.

DE LAS ILUSIONES DE LA PENITENCIA EN LA MAYOR PARTE DE LOS CRISTIANOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa mas sujeta á ilusiones que la penitencia de los cristianos imperfectos y tibios.